

## HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

### LA SOMBRA DE SIMON BOLIVAR EN SANTA MARTA

**E**RAN mis últimos días de Colombia. Entre recuerdos de aquella misión diplomática ante el Gobierno y la sociedad de Bogotá, sentado sobre una silla de madera en el puente superior, veía desarrollarse ante mis ojos la inmensa sábana del río Magdalena, en ancha hoya bordeada de bosques seculares, con la lujosa y exhuberante vegetación del trópico en la cual sobresalen copas de ceibos, tallo largo y elegante de palmeras reflejadas en aguas tranquilas, y, al parecer, dormidas, esas palmeras con efluvios de Oriente y de la tierra de Cristo, que involuntariamente imprimen al espíritu impulsos de espiritualidad y ensueño. Bandas de caimanes se arrojan perezosamente al río, al sentir disparos que desde a bordo se les hacen y vemos aquéllos, al parecer, troncos de árboles, de ramas desgajadas, que no son sino reptiles menores que el cocodrilo y de mayor tamaño que el yacaré del Paraná y el Paraguay, que cierran esas ramas, que son sus fauces y se arrojan de golpe al río. La naturaleza es magnífica, la tierra, en la ribera, una amplia cinta de verdura, de la cual surgen matorrales y árboles hermosísimos: ceibos, palmeras, cocoteros, robles, caobas, que serán cortados en breve para servir de combustible a la hornilla de vapores; esas maderas elegantes o preciosas se desharán en humo y se perderán en lo infinito, como la belleza humana. Acuden a mi espíritu «saudades» de Bogotá, recuerdo de algunos buenos amigos, de hombres de ingenio vivísimo, de antiguos hidalgos a lo rancio, castellano, de graciosas chicas, de interesantes damas que aun conservan en su modalidad algo de los tiempos del minué, en aquella su residencia colonial de calles estrechas y construcciones

al estilo del siglo XVII, con balcones «arrodillados» y vetustos templos de piedra donde lucen obras maestras del pintor Vásquez. Diríase que en estas mis últimas horas de vida colombiana confundo y entreveo detalles sociales de mi vida diplomática, hombres públicos, recuerdos históricos, la naturaleza tropical esplendorosa, en grato ensueño en que todo se confunde y se mezcla.

De pronto, a lo lejos, muy lejos, se divisa una ligera nubecilla negra en lontananza y se la ve surgir y extenderse en medio de un cielo azul turquesa; sentimos soplo quemante, y luego el cielo comienza a encapotarse con rapidez pasmosa. Las negras nubes aparecen como fajas que paulatinamente se ensanchan y luego cubren el cielo. Las aves huyen en bandadas, esas ligeras aves de largas patas delgadas que recuerdan al Ibis egipcio y que procuran la misma «aigrette» el leve copo de plumas que tan hermoso aparece en sombreros de señoras—son millares y millares de cigüeñas que se esfuman rápidamente en el cielo formando como líneas triangulares de tinta que, con ser tan albas, a la distancia parecen oscuras. Oyese el rumor de un trueno lejano y luego otro, y otro y otro; la tempestad se acerca. El cielo tan claro poco ha, es ahora dilatada mancha de tinta. La lluvia cae con furia, a torrentes, con violencia inaudita, como si se hubieran abierto las cataratas todas del cielo. La luz ha desaparecido, pero el estampido del trueno—terrible y prolongado, como cien descargas de artillería—seguido inmediatamente por relámpagos, nos hace estremecernos temerosos de que el rayo venga a caer sobre nosotros—temor remoto, creado por nuestra imaginación. De súbito, inmenso relámpago ilumina la selva con claridad portentosa que perfilan en toda su nitidez líneas de palmeras, amplias ramas de hojas afiligranadas de ceibos y todo el bosque de destaca como en dibujo perfecto de tinta china y luego se hunde de golpe en la sombra, mientras los truenos estallan, cada vez más próximos. Los rayos dibujan sus líneas en zigzag sobre el cielo y un vaho de fuego nos quema el rostro.

—¡Qué espectáculo hermoso!

—No hay peligro alguno—exclama el capitán recostado sobre la toldilla fumando su pipa;—la tempestad y los rayos tienen su centro a cuarenta leguas de nosotros.

Jamás he podido contemplar en mi vida espectáculo más sublime que el de una tempestad en el trópico, en el escenario sublime del río Magdalena, extendido como océano bordeado a lo lejos por inmensos bosques, en noche pavorosa surcada de relámpagos y cortada por rayos, cuando la naturaleza desencade-

nada nos hacía concebir nuestra pequeñez en presencia de fuerzas ilimitadas.

A media noche, el cielo estrellado y puro, la atmósfera tibia y el ambiente cargado de perfumes mudaban el estado del ánimo como si la tempestad sólo hubiera existido en nuestras imaginaciones. Ahora la sábana inmensa del río Magdalena, próximo a las Bocas de Ceniza, tenían la amplitud y la fuerza del Océano. Esperamos el amanecer para penetrar, por los caños, al puerto de Barranquilla. La atmósfera era de sofocante calor; los negros se disputaban nuestro equipaje; cochecillos de dos ruedas como los que viéramos en Jamaica, se deslizaban rápidos por la rambla y penetraban en la parte comercial, entre carros llenos de mercaderías y el afán y la agitación propios del puerto en horas de trabajo. Muchos techos de casas cubiertos de paja nos recordaban lo que fueron las primitivas poblaciones coloniales.

Esa misma tarde tomábamos el ferrocarril que debía conducirnos a puerto Colombia, a orillas del Mar Caribe, y después de atravesar la estrecha faja de la costa en medio de campos es maltados de arbustos, de árboles de alcanfor cubiertos de flores amarillas y de manzanillos cuya sombra da muerte, llegábamos al pobre caserío que es puerto Colombia en el Atlántico. Allí, junto al muelle de más de un kilómetro de extensión, se perfilaban el casco blanco y las líneas elegantes del «Metapán» vapor de la United Fruit C., que debía conducirnos a Santa Marta, en donde íbamos a permanecer dos días.

Al amanecer del siguiente, nuestro barco penetraba en la ensenada reducida que forma como cerco de verdura, cerrado en sus extremidades por empinados cerros cubiertos de vegetación. Es espectáculo admirable. La naturaleza, exuberante en árboles y arbustos, aparece lujosa y viva, con todas las entonaciones de la gama verde y el agua del mar presenta color que jamás hasta ahora habíamos visto de hermoso cobalto que se recorta, a lo lejos, sobre todo el cielo de raso celeste claro y que armoniza y entona con el verde de las colinas. Los campos de dilatan hasta las lejanías de Sierra Nevada, donde las cumbres espolvorean de blanco el cielo celeste y se recortan sobre la profusa verdura de la vegetación del trópico. El «Metapán» amarra en el muelle de las Bananeras, en una extremidad del círculo de la bahía en cuyo fondo aparece la población de Santa Marta, conjunto de casitas blancas sombreadas de palmeras que nos hacen recordar las poblaciones del Norte de Africa Argel, Túnez y Tánger en donde la blancura resplandece sobre el cielo azul y luminoso en reverberaciones inconcebibles que dan a las palmeras algo de etéreo y extrahumano como en los espejismos del desierto.

Santa Marta. Con sólo pronunciar su nombre acude a mi imaginación la figura de Bolívar, que fué allí a morir, y<sup>?</sup> desencantado, de las pompas y vanidades del mundo, enfermo y pobre, después de haber conocido las supremas cimas de la grandeza humana, así como también los más amargos desengaños que pueden acosar a un hombre. Tras de quince años de batallas, de triunfos y derrotas, de gloria y de miseria, llegó a pasar sus últimos días en esa tan reducida población que vino a quedar transformada en sepulcro glorioso del héroe. Por aquellas riberas, en donde acaso existían las palmeras que ahora se ofrecen a mi vista en la Avenida del Mar, donde está situado el club; por aquellos mismos parajes en los cuales se baila shimmy o danza, sobre la terraza actual, iluminada con bombillas eléctricas, y entonces oscura y pavorosa, debió deslizarse lenta la figura del Libertador. Le acompañaba, sin duda, alguno de sus íntimos, alguno de esos cortesanos de la desgracia tan poco numerosos. Y bajo el cielo atornasolado del crepúsculo cuando se hundía el sol en un mar admirable del trópico, el héroe, que tosía —pues estaba en el último grado de la tisis— se detuvo, contempló el mar, y vió jugar alegremente unos chicos, unos negrillos que no le conocían y a quienes, por lo tanto, no amedrentaban su grandeza, ocupados como estaban en construir casitas sobre la arena de la playa. El héroe, vestido con traje pobre—sólo tenía una camisa en su ajuar—después de meditar y de contemplar a los chicos, hubo de volverse a sus acompañantes:

—Al cabo de mi vida, encuentro que yo también edificué sobre arena. . . .

Aré sobre el mar. Había soñado en la libertad y en la República.

Al término de un día de calor horrible se siente un soplo helado de cierzo que baja de la montaña. El héroe tose de nuevo, sus inquietos acompañantes le ponen la capa, y vuelven todos con paso lento, cargados de meditaciones, respetando religiosamente sus recuerdos. Ya no piensan en el estrépito y clamor de las batallas, ni en marchas triunfales en que llueven flores, ni en lo horrible del páramo en vísperas de Boyacá, ni en el múltiple paso de los Andes, ni en las quince mil leguas recorridas combatiendo, sin víveres y con escasas municiones, y sin poder alumbrarse ni calentarse con fuego para no dar al enemigo indicios. No recuerdan nada, todo se sume en el abismo sin fondo de lo que fué, de un pasado cercano y que les parece infinitamente lejos. Sólo van contristados por la tos de Bolívar, que ya es el principio del fin.

Luego, lentamente, el héroe apenas puede andar y se cansa

mucho, se encamina a la población, a ese pequeño caserío de Santa Marta que aparece blanquecino ahora como hace cien años, con las mismas palmeras y vegetación idéntica y la traza colonial de las antiguas ciudades españolas del siglo XVII, estrechas las calles, los aleros salientes, las rejas de hierro de Vizcaya y balcones «arrodillados». Al volver de una encrucijada topan con alguna hornacina o nicho alumbrado por algún farol con vela de sebo que ilumina la imagen de un santo. Entonces todos se descubren, algunos rezan; el Libertador, que es incrédulo, también se detiene y se descubre, por respeto a ideales y creencias religiosas ajenas—pues siente que en esta América liberada sigue dominando el espíritu de la colonia española—y también presiente la gravedad de la hora definitiva que se acerca para él cada vez más rápida e inevitable.

## II

Luego llegan a una casa vetusta, que aun se conserva en la plaza principal, donde crece maravilloso jardín de palmeras, de ceibos y manzanillos. La puerta de la casona es ancha y ribeteada de clavos de cobre, sirve de golpeador una cabeza de león parecida a muchas otras que aún quedan. El patio es estrecho y los muros, de azulejos en la parte baja, reflejan la luz de candiles, en viejos faroles, en medio de un grupo de guaduas, que se alzan gráciles, elevando tallos finísimos por encima de los tejados del patio. El Libertador se detiene a respirar, pues ya no puede andar largo trecho, sin hacerlo, y penetra en la cuadra o sala esterada, adornada con cuadros místicos y mueblaje de estilo Imperio. A la luz de las candelas aparece iluminada la demacrada fisonomía de Bolívar. He aquí, como lo pinta Mr. Desiré Roullin, en 1828, es decir, dos años antes de aquel tiempo, y sus apuntes, sirvieron para el busto hecho por David de Angers:

«Es Bolívar hombre de talla poco menos que mediana, pero no exenta de gallardía en sus mocedades, delgado, sin musculatura vigorosa; de temperamento esencialmente nervioso y bastante bilioso; inquieto en todos sus movimientos indicativos de un carácter sobrado impresionable, impaciente e imperioso. En su juventud había sido blanco—aquel blanco mate del venezolano de raza española pura—pero al cabo le había quedado la tez bastante morena, quemada del sol y de la intemperie de quince años de campañas y de viajes. Tenía el andar más bien rápido que mesurado, pero con frecuencia cruzaba los brazos y tomaba actitudes esculturales sobre todo en momentos solemnes.

«Su cabeza era de regular volumen, pero admirablemente conformada, deprimida en las sienas, prominente en las partes anterior y posterior. El desarrollo de la frente era enorme, pues ella sola comprendía cerca de un tercio del rostro, cuyo óvalo era largo, anguloso, agudo en la barba y en los pómulos pronunciados. Sus cabellos eran crespos y los llevaba siempre divididos entre una mecha enroscada sobre la parte superior de la frente y guedejas sobre las sienas, peinadas hacia adelante.

«El perfil del libertador era enteramente vascongado y griego, principalmente en el corte del rostro, la pequeñez de la boca, la amplitud de la frente y la rectitud de la nariz, muy finamente delineada. Tenía las cejas bien arqueadas y extensas, donde se ponían de manifiesto los signos de la perspicacia, de la prontitud y grandeza de percepción. Como tenía profundas las cuencas de los ojos, éstos, que eran negros, grandes y muy vivos, brillaban con fulgor eléctrico, concentrando su fuego como si sus miradas surgiesen de profundos focos.

«Era Bolívar hombre de lenguaje rápido e incisivo, así en su conversación—en la cual muchas veces, fué indiscreto, siempre animada, breve y cortante—como en sus proclamas y discursos. Su réplica en la conversación era pronta, frecuentemente brusca y en ocasiones, hasta dura y punzante.»

Están acordes la mayoría de los contemporáneos en que Bolívar, al conversar, generalmente desviaba la vista de su interlocutor, sin dar la cara. A pesar de la corrección de su fisonomía su primer aspecto no era simpático ni atrayente. «His eyes are darck and penetrating but general y down cast when he speak», dice de él, Miller en sus memorias. Advertíase en él una expresión cautelosa de soldado acostumbrado a las emboscadas. «Su carácter viciado por la adulación, agrega, es arrogante y caprichoso. Sus opiniones respecto a hombres y cosas son variables y tiene casi propensión a insultar, pero favorece a los que se humillan y no les guarda resentimiento alguno».

Apasionado admirador de las mujeres es también grande aficionado al baile y hasta suele pasar noches enteras bailando en los saraos del principio al término de la fiesta y valsa muy ligero, pero sin gracia alguna. Hay en todo su personalidad como una constante ebullición y necesidad de obrar: es la acción encarnada. Cuando no escribe o habla, se mueve y se agita. La fuerza nerviosa de Bolívar es extraordinaria y reemplaza en él a la propia resistencia física. Su vida y sus campañas son la perpetua realización de un milagro, en el cual lo débil de la naturaleza física es reemplazado por una fuerza nerviosa y moral inconcebible, que le mueve a realizar prodigios como las terribles

marchas por los llanos de Venezuela y el primer paso de los Andes, para caer sobre los españoles en Boyacá, sorprendiéndoles con su marcha al través de los páramos, de las cumbres heladas, de ventisqueros, trepando a empinadas cimas, para hundirse luego en abismos, pasando del frío más intenso al calor más inconcebible, mientras en torno suyo, caen, uno a uno, los soldados vencidos por la naturaleza. Y el héroe prosigue impertérrito, marchas superiores al paso de Aníbal en los Alpes o al de Napoleón I. Y mientras éste cae vencido en Rusia, Bolívar en Caracas, exclama, en medio del terremoto que destruyera la ciudad: «Triunfaré sobre la naturaleza, en contra de ella y a pesar de ella». Se siente superior a las grandes fuerzas de la vida.

Su voz es gruesa y áspera, pero habla con elocuencia y con facilidad pasmosa. Su imaginación tiene algo del prodigio. En las páginas que escribió sobre «El delirio del Chimborazo», se siente la garra del león y tiene mucho del lirismo de Víctor Hugo, que aun no figuraba en el mundo de las letras y que sólo veinte años después debía empeñar el combate de su concepción romántica.

«Yo venía envuelto con el manto del Iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinco al dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas y quise subir al atalaya del universo. Busqué las huellas de la Condamine y de Humboldt: seguías audaz; nada me detuvo; llegué a la región glacial, el éter sofocaba mi aliento, Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que puso la mano del Eterno sobre las sienas excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: este manto de Iris que me ha servido de estandarte, ha recorrido en mis manos las regiones infernales, surcando los ríos y los mares y subido sobre los hombros de los Andes; la tierra se ha allanado a los pies de Colombia y el tiempo no ha podido detener la marcha de la Libertad. Belona ha sido humillada por el resplandor del Iris, ¿y no podré yo trepar sobre los cabellos canos del gigante de tierra? ¡Sí podré! Y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí, que me parecía divino, dejé atrás las huellas de Humboldt, empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba y desfallezco al topar con mi cabeza la copa del firmamento. Tenía a mis pies los umbrales del abismo».

«Un delirio febril embarga mi mente; me siento como encendido por un fuego extraño y superior. Era el Dios de Colombia que me poseía.»

«De repente se me presenta el tiempo, bajo el semblante ve-

nerable de un viejo cargado con los despojos de las edades, sañudo, inclinado, calvo, arrugada la tez, una hoz en la mano. . . »

«Yo soy el padre de los siglos; soy el arcano de la fama y del secreto; mi madre fué la Eternidad; los límites de mi imperio los señala el Infinito; no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la muerte; miro lo pasado, miro lo futuro y por mi mano pasa lo presente. ¿Por qué te envaneces, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Creéis que es algo vuestro universo, que levantaros sobre un átomo de la tierra es elevaros?»

### III

«¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida a mis arcanos? ¿Imagináis que habéis visto la santa verdad? ¿Suponéis que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto en presencia de lo infinito, que es mi hermano.»

«Sobrecogido de un terror extremo, ¿cómo ¡oh tiempo! respondí, no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todo los hombres de la tierra en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino la tierra con mis plantas: llego al eterno, con mis manos; siento las presiones infernales bullir bajo mis pasos; estoy mirando, junto a mí, rutilantes astros, los soles infinitos; miro sin asombro el espacio que encierra la materia y en tu rostro leo la historia de lo pasado y los pensamientos del destino.»

«Observa, me dijo; aprende, conserva en tu mente lo que has visto: dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del universo físico, del universo moral; no escondas los secretos que el cielo te ha revelado; dí la verdad a los hombres. . . »

«El fastasma desapareció.»

«Absorto, yerto, quedé exánime largo tiempo tendido sobre aquel inmenso diamante, que me servía de lecho. Al fin la tremenda voz de Colombia me llama; resucito, me incorporo, abro con mis propias manos mis pesados párpados, vuelvo a ser hombre y escribo mi delirio.»

La fantasía de un gran poeta surge de pronto, en el héroe, fundida en el diamante de un grande hombre de acción. Siempre ha sido así. Si vemos la obra de Julio César, encontramos al grande orador, al seductor de muchedumbres, con imaginación de poeta, al historiador de la guerra de las Galias, al gran político fundido en la misma turquesa del grande hombre de acción y del gran general: otro tanto ocurre con Napoleón Bonaparte, según la vemos en el Memorial de Santa Elena. Hay en él como

una poderosa pupila que se contrae o se dilata para ver de cerca o de lejos, según las circunstancias, con la imaginación que se adelanta, al presente y que concibe, observa o generaliza, deduciendo leyes sociales o morales propias, unida al don de la realidad, de vivir entre hombres y cosas, en el sentido profundo de la verdad, humana, junto con el dominio de sí y de los demás, que constituye la esencia de los grandes políticos de la historia.

.....

Algunas damas llegan al estrado de la casa donde se aloja Bolívar; llevan «mantones vaporosos de seda de humo», y sus vestidos son claros, con saya bordada y medias caladas de seda negra o de paño de seda, con cintas aterciopeladas que cruzan en torno de la pantorrilla. Los sombreros son de estilo llamado maravilloso; se los quitan y los colocan sobre algún antiguo bargueño enconchado con marfil y carey. De un brasero de plata se eleva blanca y suave columna de humo perfumado de madera de sándalo, que arde apacible. Se oye lejano el son de la campana de alguna iglesia. Todos se ponen de pie, pues ha dado la hora de la cena. Una de las damas, acaso la más distinguida, es la señora marquesa de Miers, con cuya nieta ha bailado mucho en Bogotá I. Entre los personajes del grupo aparecen el marqués de Miers, en cuya quinta de San Pedro Alejandrino, habría de pasar el Libertador los últimos instantes de su existencia. También acuden los generales Montilla y Carreño, Silva, Miers, Ujueta y otras personalidades que acompañan al héroe en la hora terrible del destierro y de la caída. Ese hombre extraordinario tuvo la suerte de encontrar todavía amigos en las horas de la miseria.

Bolívar había llegado a Santa Marta en el bergantín «Manuel», procedente de Sabanilla, el 1.º de Diciembre de 1830. Traía el alma profundamente amargada con los recuerdos del atentado de Septiembre de 1828. El Libertador había querido implantar en Colombia la presidencia vitalicia o sea la dictadura al estilo napoleónico mediante el decreto orgánico de 27 de Agosto de ese año. Ya la gran Colombia se encontraba hecha pedazos. Las cinco repúblicas independizadas por su acción se habían segregado, se miraban con recelo o suspicacia, o se hallaban envueltas en litigio; el sueño del Libertador se deshacía en humo, cuyas espirales se fundían casi con el horizonté. Asido a los restos de su poderío político, Bolívar, sin calcular la sentimentalidad colombiana, cometió el error gravísimo de asumir la dictadura. Al punto se reunieron sus enemigos, olvidados de sus inmensos servicios, para morar tan sólo en lo presente, la ignominia de la dictadura militar impuesta. Citáronse los conjurados

en la sombra y de allí la conspiración tramada en contra de la vida de Bolívar y llevada a efecto en la noche del 24 de Diciembre de 1828.

Los conjurados apercebidos para el trance, fueron juntándose en casa del poeta don Luis Vargas Tejada, silenciosamente, en reducidos grupos, distribuyéndose luego en partidas que debían asaltar el batallón Vargas, tomar el palacio de San Carlos, en donde moraba el Libertador, apoderarse de éste y libertar al general Padilla para que sirviera de cabeza al nuevo gobierno y de jefe a los revolucionarios. La partida primera salió de la casa de Vargas al dar la campanada de las doce el reloj de la iglesia y libertó a Tejada, quien se negó a ejecutar los planes concebidos; no podía teñir sus manos en sangre de Banquío. La segunda partida fué rechazada en el ataque en contra del batallón de Vargas. La tercera, simultáneamente con las anteriores, se encaminó al palacio de San Carlos, situado frente al teatro principal de la ciudad.

Bogotá dormía en noche apacible, plenamente iluminada por luna llena. De ordinario, la quietud y el silencio, el ambiente frío, otoñal, que en ella reina, sin variaciones ni matices, proyectan honda tristeza de las continuadas soledades y semejante ansiedad, aumenta en la sombra, en la cual aparece sumergida bajo las alturas de Monserrate.

Una docena de soldados a las órdenes del comandante Carujo, y otros tantos civiles asaltaron el Palacio de San Carlos en donde vivía el Libertador. Más de una vez en el desempeño de mi cargo de ministro he visitado ese palacio histórico de Bolívar, hoy día mansión del Departamento de Relaciones Exteriores. Es edificio bajo, de dos pisos, el segundo de mayor altura que el primero; de balcones salientes y estilo colonial y sumamente interesante para el viajero moderno. A la entrada del zaguán, en el primer patio, se alza una hermosa palmera y se muestran arriates de flores; mi amigo Montejo, introductor de diplomáticos, las sacaba de allí para el ojal y en más de una ocasión me obsequió violetas cogidas en el antiguo jardín del Palacio, de aquel mismo patio circundado de galerías de vidrio. A la parte del frente se encuentra la sala de recepciones, amplia, adornada de muebles del siglo diez y ocho, y en el ángulo, el despacho del ministro. Síguese una serie de piezas de empleados, hasta llegar a una hermosa sala de techo decorado al estilo antiguo. En pos de la tal sala—en donde aguardan audiencia los diplomáticos—siguen varias habitaciones y aposentos de empleados, en uno de los cuales, casi frente al actual teatro de San Carlos, se hallaba la habitación de Bolívar. Las calles van subiendo hacia

los cerros que limitan la ciudad, como trepándose por riscos y colinas, en tal forma que el segundo piso del Palacio de San Carlos, en aquella parte se encuentra sólo a dos metros de altura.

Los conjurados penetraron de golpe en el palacio; los soldados alcanzaban a 25 ahora y junto con los civiles llegaban a 40, a la cabeza del grupo iban el comandante Carujo y un francés, M. Horment, quien arrojándose sobre el centinela—lo hirió de gravedad. Atropellaron a la guardia, que trató de resistir, en tanto que uno de los soldados en la lucha, hirió de un sablazo al joven Celestino Anzuero y cayó muerto a su turno por el puñal de los conjurados.

#### IV

Penetró al primer patio el grupo de gente, se detuvo frente al estanque del centro, donde el agua temblaba en la sombra, como un latido de vida, bajo las palmeras, junto a los laureles. Encamináronse, al punto, hacia la derecha, por donde sube la escala de piedra que conduce al segundo piso y tomando por el corredor de la izquierda penetraron en la galería que conducía a las habitaciones del Libertador. La tropa de guardia, compuesta de cuarenta soldados escogidos se habían rendido sin hacer resistencia, a pesar de estar compuesta de los mejores y más fieles soldados del ejército. No se había disparado un tiro bastándoles con apuñalar al cabo, y desarmar al resto. Luego, en silencio, temerosos y sobresaltados, ciertos de que en caso de fracasar, caerían bajo la cuchilla del verdugo, después de poner guardias a la entrada, los conjurados penetraron en las primeras habitaciones del departamento privado de Bolívar. Este dormía en cama junto a su amada Manuelita Sáiz, grande amor de su vida, compañera de días de gloria y de horas de zozobra, que abandonara nombre, familia, honra y prestigio social por seguirle, siempre enamorada y constante siempre. El héroe escucha, de pronto extraños rumores que rompen el silencio; es del cañón lejano, algo como rumor de tempestades. Era el tronar de artillería contra las puertas del batallón de Vargas que resistía denodadamente, y con éxito venturoso: mezclábase a esto, sordo crepitar de la fusilería. El Libertador se vistió con rapidez. Mientras tanto el sordo rumor de pasos por las galerías aumentaba. Los conjurados echaban abajo la primera puerta y hallaban, de pronto, en la sombra, la espada desnuda del ayudante de servicio, el teniente Ibarra, que, a medio vestir, acudía. Uno de los conjurados le hirió en el brazo creyendo que era Bolívar y los demás creyéndole muerto, dieron vivas a la Libertad. Al in-

pensado clamoreo, tanto el Libertador como Manolita echaron de ver de qué se trataba y el peligro corrido. Mientras Bolívar saltaba a la calle de la parte opuesta adonde los conjurados penetraron—pues el palacio de San Carlos ocupa la esquina de la calle—Manuelita Sáiz, a medio vestir acudió a los asesinos con grande ánimo. «Nos salió al encuentro una hermosa señora, dice Florentino González, uno de los conjurados, que debía más tarde habitar algún tiempo en Chile. La señora llevaba una espada en la mano y con admirable presencia de ánimo y muy cortésmente nos preguntó que queríamos: correspondimos en la misma forma y tratamos de inquirir por ella dónde estaba Bolívar. Otro de los conjurados llegó en pos y profirió algunas amenazas en contra de la dama y yo me opuse a que las realizara, manifestándole que no era ese el objeto que allí nos conducía. Los conjurados prosiguen su camino, pero Manuelita ha conseguido su objeto con valor y astucia, deteniendo a los conjurados el espacio necesario para que Bolívar escapara y librase la vida de aleve conjuración contra el libertador de cinco repúblicas. Oíase, ya próximo el rumor continuado de fusilería, frente a las gradas de la catedral cercana. A poco, supieron que la revolución se había frustrado, pues los asaltantes del Vargas huían deshechos.

Horment y Salaibar forzaban la puerta de la alcoba y penetraron en ella disparando una pistola y blandiendo puñales. Bolívar acababa de salvar a la calle atravesada. Muchas veces he leído el rótulo inscripto sobre una plancha de mármol, junto a la ventana de palacio, por la cual huyera:

Siste parumper spectatur grandum  
si vacas miratus viam salutis  
qua sese liberavit  
pater salvatorque patriae  
Simón Bolívar.  
In nefanda nocte septembrina  
an MDCCCXXVIII

La noche era de luna y hermosísima. Bolívar saltó a la calle, la cruzó rápidamente y se hundió en la sombra de la otra acera. Estaba metido en grandes perplejidades tomó hacia el oriente, del lado del alto cerro, que parecía cobijarle con su sombra, pues de la parte opuesta se oía el fuego de fusilería y podía caer en manos de sus enemigos. Luego volvió al puente del Carmen. Allí me he detenido más de una vez, ante aquel paisaje lóbrego, de un hilo de agua que se desliza bajo los arcos del puente, en-

tre matorrales tupidos; a lo alto de la inmensa montaña sobre la cual parece que quisiera treparse la ciudad de Bogotá y que le sirve de muro y de amparo; luego, el plano inclinado de casas que van a rematar en la sabana, envuelta en las noches de luna de azulados vapores luminosos. La atmósfera, allí, junto al puente, es irrespirable y mefítica de apestantes olores. Allí se escondió Bolívar y pasó la noche, según los testigos refieren: afirman otros que sólo estuvo un momento, pues, poco a poco, al oír aclamaciones de amigos que le vitoreaban después del triunfo, se puso a la cabeza de ellos, juntándose luego a sus tropas.

Según expresa otra leyenda, pasó la noche en el terrible asilo, sufriendo el espantable olor de los caños del desagüe durante las horas que le separaban de la madrugada, hasta que un amigo fué a libertarle, llevándole caballo para salir de Bogotá en dirección a la quinta de Pachia. Agregábanme que el Libertador le pagó tan oportuno auxilio enviándole días después, de regalo el mejor de sus caballos con jaeces de plata y magnífica silla.

Bolívar debía la vida al heroísmo y a la abnegación de una mujer que, después de darle su propia honra y los encantos delicados de su alma, conteniendo hasta el aliento de recuerdos nostálgicos de su hogar, abandonado, expuso por salvarle, su propia existencia—en instantes en que se ocultaba la estrella del Libertador tras las obscuras sombras de la Cordillera de Monserate.

Los conspiradores fueron, casi todos, fusilados. El presidente pasó los últimos días de su residencia de Bogotá en Fucha, desolado tras de grandes victorias e inmensos desencantos, en busca de paz, de quietud que le negaba la vida política. Su ánimo y su cuerpo estaban decaídos, sentía agotada su energía física en pos de existencia agitada, de recorrer inmensos territorios, siempre combatiendo, sometido a cuantas penurias es dable imaginar, en el clamoroso turbión de su existencia de soldado, de político y de eterno adorador de mujeres. Invadía a la hora postrera de los desencantos, una desesperación silenciosa y trágica, que se abatía sobre su cuerpo ateneceado, atormentándole y mordiéndole las vísceras. En lo exterior adivinaba el despertar de un pueblo altivo, no dado a la servidumbre; en lo íntimo, el desgaste de su propia naturaleza ya no le permitía proseguir en tareas ingratas de gobierno. Hallábase proscrito de su patria, Venezuela. Debía partir lejos del centro del gobierno y de intrigas que era Bogotá. En Marzo de 1830 encargó al general Caicedo del Poder Ejecutivo y partió a Fucha. Pero debía ir más lejos, mucho más lejos, adonde sólo llegara, amortiguado,

el rumor de muchedumbres y el encono de las intrigas de partidos.

«Allá en su retiro, dice Posada Gutiérrez, íbamos a verle los diputados y las personas notables de la ciudad. Una tarde en que me hizo el honor de invitarme a su mesa, salimos solos a pasear a pie por las bellas praderas de aquella hermosa posesión; su andar era lento y fatigoso, en voz casi apagada le obligaba a hacer esfuerzos para hacerla inteligible; prefería la orilla del riachuelo que serpenteaba silencioso por la campiña, y, los brazos cruzados, se detenía a contemplar su corriente, imagen de la vida. ¿Y cuánto tiempo tardará esta agua en confundirse con la del océano, dijo de pronto, como se confunde el hombre en el sepulcro, en la tierra de donde salió? Una parte se evapora como la gloria humana, como la fama. ¿No es verdad, coronel? De repente, apretándose las sienes con las manos, exclamó con voz trémula: ¡Mi gloria! ¡Mi gloria! ¿Por qué me la quitan? ¿Por qué me calumnian? Páez... Bermúdez... Santander... La respiración anhelosa de Bolívar, la languidez de su mirar, los suspiros que salían de su pecho, todo manifestaba la debilidad del cuerpo y el dolor del alma, inspirando compasión y respeto...»

Pocos meses después partía a tierra caliente, hacia el Magdalena, que debía conducirlo a la costa Atlántica en busca del descanso y del reposo en Santa Marta.

---

Salí de mañana hacia la población de Santa Marta, situada a media hora de automóvil del muelle de la Compañía Frutera, en donde se hallaba amarrado el «Metapán». El sol irradiaba en la estrecha y hermosa bahía, refulgiendo en cascadas de oro líquido sobre lo verde del mar, un verde glauco, en contraste con el verdor más intenso y oscuro de los árboles en las serranías próximas. El puerto parecía una larga raya blanca de cal africana, sobre la cual surgieran, de pronto, las líneas delicadas y el abanico de las palmeras, de tallos aéreos, como de aves que se aprontaran a tender el vuelo hacia apartadas lejanías. El auto se deslizaba suavemente sobre el camino de arena, casi blanca, a la orilla del mar, cuyas olas morían mansamente con la levedad encantadora de un ritmo.

Iba en compañía de dos amigos de viaje; el diputado Hernán Uribe Cualla y el joven venezolano Salas. No tardamos en penetrar en el puerto, de casas antiguas, de estilo netamente colonial español, como todas las de Colombia. Las calles son estrechas como las de las poblaciones africanas; sobresalen entre

paredes de jardines y de huertos las palmas, dátiles, los sicomoros, ceibos y laureles. Muéstranse fachadas de chalets modernos, cubiertos de bugainvillas, hermosísimas enredaderas de color rojo, celeste o azul, que proyectan una enorme cortina sobre la fachada, a manera de encaje de color violeta, gigantesco mantón de Manila bordado por la mano de la propia naturaleza. Las fachadas de los templos nos llevan a edades lejanas, de la conquista, en pleno siglo XVI, cuando el capitán Fernández de Lugo desembarcaba a la cabeza de un puñado de españoles, para emprender la conquista de aquellas lejanas tierras tropicales.

La atmósfera está tibia, a esa hora de la madrugada; el ambiente luminoso y sereno, el cielo de raso clarísimo. Charlamos alegremente en el automóvil y como es natural, en tierra de raza española, principalmente se trata de política. Mis amigos ensalzan la figura del general Vásquez Cobo, futuro candidato a la Presidencia de Colombia, personalidad en extremo interesante y simpática, de soldado, de hombre y de político, que recuerda, por su astucia natural, al presidente Roca. Un grupo de negrillos huye espantado al acercarse el automóvil, que vira en dirección al Club, a la playa, en donde almorzaremos, contemplando el mar de ese color verde, tan vibrante y nuevo, jamás antes visto hasta ahora. El sol comienza a reverberar calentando la tierra, que a mediodía tendrá irradiaciones de fuego. Un muchacho negro éntra lentamente a bañarse en el mar. Su cuerpo enteramente desnudo parece de ébano y semeja un apolo negro de formas redondeadas, esbeltas y nerviosas, de luchador romano o de boxeador de ring.

Estamos en una región bananera, explotada ya por los norteamericanos con grandes haciendas, donde cosechan cantidades fabulosas, millones y millones, vendidas a precios ínfimos en los Estados Unidos. Después de una comida frugal, nos encaminamos a visitar las habitaciones de la Compañía, hospitales y casas de la dirección y de empleados. Todo aparece en perfecto orden, con magníficas instalaciones al estilo inglés de los trópicos, con edificios y chalets tan hermosos como los de Jamaica y campos cubiertos de césped, plantaciones de guaduas, bambúes, palmeras y ceibos. Las puertas y ventanas de los edificios están abiertas y defendidas de los mosquitos por finas rejillas de alambre verde. Las canchas de tennis, admirablemente preparadas, blanquean junto a las habitaciones de las cuales salen músicas de victrolas.

De pronto me vuelvo a mis demás compañeros y les manifiesto con tono autoritario que ha sonado la hora de nuestra vi-

sita a la quinta donde murió el libertador Simón Bolívar. Mis amigos admiten al punto la orden y mi dictadura, resolviendo partir al punto, a pesar de que el calor arrecia por momentos. El venezolano Salas se siente emocionado y los ojos le brillan.

—Ya fuí a visitarla hace varios años—nos dice—pero siempre cuando pienso en ella siento algo raro en mí.

El automóvil parte a toda velocidad en dirección a la quinta de San Pedro Alejandrino, última residencia de Bolívar. Cruzamos la pequeña población de Santa Marta, por calles estrechas y casas de estilo antiguo colonial. Las calles están mal pavimentadas, los chicos juegan en ellas, van casi desnudos, pues el calor del clima sólo permite vestiduras ligeras, trajes blancos de brin. Los habitantes van vestidos de blanco y sobre el blanco resalta su tez morena.

Ahora penetramos en una más amplia avenida, en donde está situado el edificio de un instituto superior de educación, de estilo moderno, que resalta en medio de los antiguos y vetustos y las líneas de palmeras, como algo inesperado y nuevo.

Las callejas son estrechas y se retuercen como culebras. Algunos negritos pasan cantando y jugando, casi enteramente desnudos, con camisas deshechas, en la cabeza un jipijapa roto. El automóvil sale ya de la ciudad y penetra en la campiña, por caminos polvorientos, entre matorrales y árboles silvestres, que ostentan la maravillosa flora del trópico, con ceibos de afligranadas hojas y finos cocoteros, áloes y mirtos, bananeros de anchas hojas, mangos y robles. Es como una mar que a uno y otro lado nos cerca; los árboles entrecruzan sus ramajes, formando bóvedas de verdura, bajo la cual se desliza rápido el automóvil. A trechos aparecen las cumbres albas de Sierra Nevada, desmayándose en el azul del cielo. Un enjambre de insectos susurra en el bosque en medio de calor tórrido mitigado por la rapidez del automóvil que nos permite respirar por momentos. Allá entre los matorrales duermen las serpientes horriblemente venenosas de la zona tórrida, cobras, serpientes de cascabel, coral—pequeñitas y rojas, de picadura mortal—boas enormes. Millares de mariposas de colores maravillosos y pintadas alas, muy grandes algunas, pequeñas y extrañas otras, pero todas de colores vivísimos, cruzan de un lado a otro del camino y desaparecen rápidas.

Hay inmenso hervor de vida en aquella selva inculta de árboles graciosos y finos que se multiplican y se elevan y se retuercen formando arabescos naturales, multiplicando las gamas y tonalidades del verde, unas veces claro, otras obscuro, de infinitos matices, que se entonan de manera sabia, como la sin-

fonía de una grande orquesta. Oyese perdido rumor de agua que no se ve y viene a mi recuerdo alguna impresión ya distante de mis mocedades en la Alhambra de Granada.

Por estos mismos caminos cruzaba —hará cosa de un siglo— el libertador Simón Bolívar. Iba triste y cabizbajo, como Don Quijote vencido hecha ya promesa de tornar a su aldea donde el ama, la sobrina y el bachiller Sansón Carrasco le esperaban, sentía en lo hondo la amargura del desengaño, tristezas que las ingraticudes ocasionan, soledad de su espíritu incomprendido, a la par que su físico, sometido por espacio de tantísimos años a la más ruda y severa prueba, iba desplomándose rápidamente, consumido por la tisis, había llegado a Santa Marta el día 1.º de Diciembre de 1830 y ya el 6 ansió la necesidad de otro clima. Su amigo, el marqués de Miers, español y realista por ende, le ofreció su quinta de San Pedro Alejandrino, en donde hallaría clima sano y a mayor altura que la del pueblo, donde, al parecer no podría vivir por más tiempo. Le acompañaba el médico francés Próspero Reverand, que ha dejado la relación de los últimos instantes del grande hombre.

Bolívar, acompañado de Miers, de Urueta, Carreño, Montilla, Silva y Recuero, se dirigió en berlina a la casa de campo, situada no muy lejos de la población. Sin duda, Bolívar tomó el mismo camino que ahora cruza el automóvil. Pasó bajo el dosel de los mismos árboles seculares, vió las mismas pintadas mariposas que parecían decirle adiós y advirtió en torno suyo que el sol comenzaba a obscurecer a medida que se desplegaban sobre su cabeza las alas de la muerte. Pero Bolívar, como todos los físicos creía vivir, vivir mucho más, y según me dijo uno de los acompañantes de nuestra excursión, leía con vivísimo interés las cartas que recibía de Barranquilla, del gobernador, grande amigo suyo, y estaba muy enterado de las alteraciones de la política en Bogotá, como si esperara el momento propicio para arrojar su espada de Breno en la balanza de las contiendas. Con todo, su estado era tan grave que, de pronto, vino a encontrarse, cara a cara, con la muerte que acechaba en la sombra.

Nuestro automóvil cruza ya por un puente de hierro semejante a los muchos que vemos en los ferrocarriles. Abajo pasa un río no muy ancho, algo parecido a estero, haciendo resonar las piedras con las aguas de su corriente. En torno vemos árboles enhiestos y matas de guadua—cañaverales gigantescos—. Algunas rocas blanquean en medio de la corriente, sobresaliendo entre la espuma de las aguas. Diez minutos después tomábamos ya el camino que en breve debía ponernos en la estancia del señor Miers. De pronto la carretera aparece más amplia y en

medio de los árboles, en un recodo del camino, se ofrece a nuestra vista la célebre quinta de San Pedro Alejandrino. Vemos una vasta explanada, en cuya entrada se alza un árbol hermosísimo y centenario, bajo el cual reposó Bolívar. Sus ramas retorcidas y enormes parecen como serpientes boas que amenazaran nuestras cabezas.

A la derecha, junto a una línea de árboles corpulentos se alza la estatua de Simón Bolívar. En el fondo de aquella especie de explanada aparece la casa de San Pedro Alejandrino, enteramente distinta de las diversas construcciones que me haya sido dado ver en Colombia. El edificio nada tiene de colonial. Diríase más bien algo de estilo egipcio que evoca la época de los faraones y de las Pirámides: es un caserón digno de figurar en las orillas del Nilo.

## VI

El calor es sofocante, ese terrible calor del trópico que doblega las naturalezas más fuertes y rudas. El cielo, de celeste pálido, brilla encendido en luz, las hojas de los árboles aparecen inmóviles y vaho de fuego se eleva de la tierra junto con miríadas de insectos que zumban en monótona armonía salmodiando sus cantos.

Un viejo soldado encargado de custodiar la casa de Bolívar, convertida ahora en reliquia, se encamina a nosotros y nos acompaña luego a visitar la última mansión del héroe, donde pasó sus postreros instantes, acaso en día de sol, tan hermoso como éste.

A la entrada de la casa de San Pedro Alejandrino hay vestíbulo estrecho, pavimentado con rojo ladrillo que se conserva bastante bien. Allí, sin duda, el Libertador, al atardecer conversó con sus amigos, contemplando el hermoso paisaje, un paisaje que inspira sentimientos sedantes de calma y de paz. Algún cocotero se balanceaba a lo lejos; quizá cruzó por el cielo una garza de largas y finas patas; se oyó galope de caballo por los caminos y el Libertador recordó pesadas y difíciles caminatas de sus campañas preñadas de peligros y de muerte, el Paso de los Andes, tantas veces efectuado en condiciones que maravillan y sorprenden a un tiempo, recorriendo millares de leguas para arriesgar batallas en que se jugaba la suerte de nuestro continente. Bolívar amaba sus caballos, como los amara Boves, el terrible caudillo español de la guerra a muerte, a quien sólo una vez se había visto derramar lágrimas y fué cuando le mataron el suyo. Boves le abrazó sollozando y luego, volvién-

dose a sus ilaneros empuñó la lanza y les hizo jurar que vengarían al animal querido derramando torrentes de sangre americana.

Penetré en la quinta de San Pedro Alejandrino en compañía Salas el venezolano y de Uribe Cualla, mi amigo, el de Colombia. Eramos los hermanos de tres pueblos vinculados por el alma. La pieza de entrada era espaciosa y sus muros estaban tapizados de banderas de diversas naciones. Los muebles escasos, apenas alguna silla de las llamadas de vaqueta, del siglo XVIII. Veo colgado un cuadro y me acerco: es el último recuerdo. Encierra el retrato del Libertador y un cadejo de cabellos suyos, puesto allí por el cónsul de los Estados Unidos en la noche de su muerte y cortados por su propia mano de la cabeza del héroe, según lo testifica la declaración inserta al pie. Son cabellos castaños, que acaso una vez fueron negros y que el tiempo y la luz vivísima han descolorido. Diríase que vaga por aquellas estancias, vacías y desamuebladas, la sombra inmensa de Bolívar, llenándolas con su recuerdo y con su idea. Ya no anda su cuerpo metido en los hervores y bullicios de la vida; se alejó del turbulento estrépito del comenzar del siglo y a pesar de los cien años transcurridos de entonces acá, nuestra imaginación está presa en su poder y sentimos aún palpitante y viva la fuerza avasalladora de aquella sombra que un tiempo aparecía cernida sobre cinco repúblicas de América.

La amplia sala está profusamente iluminada por la luz del sol del trópico, vibrante y cálida y experimentamos la extrañeza de tanta alegría en el paraje donde el Libertador pasara tan intensas y amargas horas de tristezas. Por la puerta del frente vemos el jardín y penetramos en él. Una vieja y enorme vasija de tiempos coloniales, apoyada en un muro nos dice de cosas idas. Acaso contuvo en su seno el agua cristalina y limpia que habría de beber el Libertador y mitigó su sed en la hora amarga en que todos los seres repiten la voz inolvidable del Calvario: «¡Tengo sed!». No solamente sed material, sino, además, sed moral de verdad y de justicia, de amor, de gratitud; sed de confundirse en otras almas en ondas de ternura y de amor; sed de sentirse comprendido en las debilidades y flaquezas propias de lo humano; sed de aliento y de apoyo moral, cuando todo se desploma y confunde en torno nuestro y vemos quebrantados y rotos los moldes de nuestros ideales y sentimos que nuestros ensueños, al parecer se esfuman y se pierden confundidos en lo azul de un cielo que es mentira.

A uno y otro lado del extenso huerto que a nuestras miradas se muestra, vemos hileras de naranjos de verde ramaje, que flo-

recen ofreciéndonos la blancura de sus azahares que perfuman aquella tarde luminosa y se esparcen por el ambiente con el recuerdo de aquella grande alma desaparecida.

El soldado o guarda que me acompaña me muestra un naranjo, colocado entre arriates de flores, junto al cual veo una silla vacía. «Allí, sobre una silla como ésa, me dice, solía sentarse el Libertador en sus últimos días y pasaba la tarde meditando, sin que nadie fuera osado a turbar aquellos sus últimos instantes de dolor agudo... en las cercanías de la muerte y en las plenitudes del desengaño».

Y de pronto nos parece que en aquellas horas debió recordar su vida entera como dicen que la suelen ver los ahogados, en un momento fugitivo y rápido, en el cual, sin embargo, lo advierten todo, como si realmente pasara a sus ojos de nuevo. Debió ver quince años de incesantes batallas, de aplastadoras derrotas, tras de las cuales se levantaba cada vez más grande y más resuelto, como Guillermo de Orange para batallar y alcanzar los triunfos definitivos y aplastadores de la guerra de la Independencia. Debió recordar las horas de triunfo y de amor, de gloria, de locura que sobrepasaban cuanto pudiera imaginar la fantasía. Habíanse realizado las grandes aspiraciones de su alma de poeta: el amor... la gloria... la libertad de su patria... Y de pronto, en la noche medrosa y sombría apareció como inseparable compañero el desencanto.

Acaso, también, a la sombra de aquel naranjo centenario, recordó la entrevista de Guayaquil, con San Martín. Eran dos hombres que encarnaban dos razas y conformaciones espirituales y físicas totalmente distintas. Bolívar, pequeño y débil, delgado, en tanto que San Martín aparece alto y fuerte; el primero dotado de grande imaginación tropical de concepciones inmensas y de sueños ilimitados; el otro hijo de la realidad, que vive para la realidad, frío y sereno cuanto el otro arrebatado y vivo. Bolívar, ansioso de poder personalísimo en su acción eterna e insaciablemente ambicioso con espíritu anheloso de mando, sin sujetarse ni admitir frenos de ninguna especie, ni la tutela de congresos ni la sujeción a pueblos. San Martín es el hombre del deber frío, del deber inexorable a lo puritano, como Washington, encendido en severo amor a la patria, que también ama Bolívar, pero de distinto modo, pues nunca dos amores fueron iguales en el mundo. El hombre del Sur quiere la libertad de su patria y siente, además que debe asegurarla por el complemento de la libertad de Perú y de Chile, para eso se hace a la vela a la cabeza del ejército chileno-argentino que debía procurar la libertad peruana y sin cuya acción hubiera sido im-

posible la obra del Libertador y no se hubiera osado tan siquiera a concebir la batalla de Ayacucho, así como no habría sido dable empeñar ninguna acción decisiva si antes la escuadra española no hubiera sido destruída por la chilena en El Callao. En la cadena de hombres y de ideas que constituyó la independencia americana, vemos a Bolívar y San Martín, Sucre y O'Higgins; mientras en Bolívar dormía el valor imaginativo, en San Martín y en O'Higgins hay mayor concepto de realidad política, de realidad desinteresada, de abnegación personal, una más honda inteligencia del deber y del sacrificio.

## VII

En la entrevista de Guayaquil. San Martín, comprendiendo que es imposible pensar siquiera en lucha con España si está dividido el mando, buscando lo que se llamó posteriormente el «comando único» y sin el cual hubiera sido imposible la victoria de los aliados, habla francamente con Bolívar, le ofrece el mando y pide servir bajo su órdenes en las últimas batallas de la independencia de América. Siente el recelo que los peruanos abrigan contra él y trata de concluir su obra, manteniendo su acción y borrándose, eclipsándose, así como se habían deshecho los cuatro mil soldados chilenos refundidos en el ejército que combatió en el Perú y triunfó en Ayacucho bajo ajenas banderas, después de haber llevado la suya al tope en la Escuadra Libertadora.

San Martín, con el sentimiento absoluto de la abnegación y del sacrificio, ofrece sacrificar su persona, su nombre, su prestigio personal a trueque de asegurar la independencia. Solicita un comando subalterno, si con eso alcanzara el gran objetivo de la independencia americana. Tuvo el supremo desinterés que también compartió noblemente O'Higgins.

San Martín, de origen modesto, quería la monarquía, de la cual sería jefe un monarca de sangre real y de familia reinante; nada quería para sí. Bolívar sólo admitía la república, con superior concepto democrático, a pesar de ser nieto de marqués, pero la quería para ser su amo, con la dictadura, que consideraba y sentía en ese momento indispensable.

Después de conocerse y tratarse por espacio de breves instantes comprendieron que ambos eran incompatibles y se separaron noblemente. San Martín era más grande en aquel momento, porque se sacrificaba, se borraba ante su rival y las almas hay que medirlas por su capacidad de sacrificio ante grandes ideas.

Ahora estamos en 1830, debió pensar Bolívar, voy a morir en destierro, en pobreza, abandonado de todos, odiado de los pueblos a cuya libertad he contribuído de forma decisiva «Aré sobre el mar... edifiqué sobre arena...» a diversas distancias, en diversas latitudes; otro tanto murmuraron acaso los demás héroes de la Independencia. O'Higgins moría desterrado en el Perú pocos años más tarde; San Martín vegetaba igualmente en el ostracismo, con la modesta pensión que el gobierno de Chile le otorgara; Sucre caía asesinado; Monteagudo también; casi todos los héroes padecían una misma suerte, como si se hubieran cubierto con la devoradora túnica de Neso.

En los últimos días de Diciembre de 1830 sentíase Bolívar a punto de muerte; al instante acudieron sus amigos íntimos los generales Montilla, Silva, Carreño y los señores don Joaquín de Miers, Urjueta y otros de Santa Marta. Junto con ellos iba el notario del pueblo como en el caso del ingenioso hidalgo de la Mancha.

Acaso su recuerdo vino a la mente del Libertador, haciéndole murmurar entre dientes, la célebre frase que fué una de las postreras de su vida: «Los tres mayores majaderos de este mundo hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo...» Tan amargo sarcasmo, junto con ser propio de su temperamento y su carácter agriado y adolorido con acontecimientos últimos, puesta en peligro su vida con la conspiración de Septiembre hacíale sentirse como infamado y maldito de todos, después de haber libertado a cinco repúblicas de América.

Reunidos en torno del lecho de Bolívar aquellos sus amigos íntimos, junto con algunas de las personalidades más importantes de la ciudad de Santa Marta, el Libertador comenzó a darles lectura de su última proclama dirigida al pueblo de Colombia. Leía difícilmente y con voz casi apagada, no pudiendo llegar al término de ella; la emoción y el cansancio le embargaban.

«Apenas pudo llegar a la mitad, dice en sus Memoria Mr. Reverand (Próspero); su emoción no le permitió continuar y le fué preciso ceder al puesto al doctor Recuero, auditor de Guerra, quien concluyó la lectura, pero al acabar de pronunciar las últimas palabras «Yo bajaré al sepulcro», Bolívar, desde la butaca en que estaba sentado, dijo con voz ronca: «Sí, al sepulcro... es lo que me han proporcionado mis conciudadanos... pero los perdono... ¡Ojalá! que yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanecieran unidos.»

«Al oír estas palabras, que parecían salir de la tumba, se me oprimió el corazón y al ver la consternación pintada en el sem-

blante de los presentes tuve que apartarme de ellos para ocultar las mías, esas lágrimas que ya no podía contener.»

El día 17 de Diciembre Mr. Próspero Reverand, médico de cabecera, cree llegada la hora del desenlace y avisa a sus amigos. Acude primero el general Montilla y recibe el anuncio de que el héroe no pasará la noche.

«Cuando conocí que se iba aproximando la hora fatal, dice Reverand, me senté a la cabecera, tomando entre mis manos la del Libertador, que ya no hablaba sino de modo confuso. Sus facciones expresaban completa serenidad; ningún dolor o señal de padecimiento se reflejaba sobre su noble rostro. Ese perfil griego por el corte, la pequeñez de la boca de labios finos, la amplitud de la frente, que abarcaba más de un tercio de la fisonomía y la rectitud de la nariz apolínea y finamente delineada, los ojos negros grandes y vivos, siempre hondamente hundidos en las cuencas, parecían ahora lejanos como el fulgor de un astro que se apaga.»

El doctor Reverand cree llegada la hora suprema y lo indica a sus amigos en silencio, con gestos. Acércanse todos, y rodean el lecho, pintada la consternación en sus rostros. Las cabezas se inclinan, algunos lloran.

Hemos llegado, en compañía del viejo soldado a la habitación en que murió el héroe. «Allí estaba su lecho de muerte—nos dice señalando un rincón. . . —Y por aquella puerta sacaron el cuerpo al día siguiente»—añade señalando la pieza contigua, que comunica con el patio de los naranjos. «Este catre fué el suyo. . . »

Bolívar era tan desinteresado y tan pobre que llegado el momento de amortajarle sus amigos encontraron que no tenía más camisa que la que llevaba puesta. Buscaron por los cajones del mueblaje alguna que ponerle, y, por fin, encontraron una llena de bordados. Era la camisa que el gobierno español había regalado a un indio fiel a las armas de España y que se encontraba allí olvidada. La vida tiene tan extrañas y al parecer inconcebibles ironías. Con ella fué sepultado. Así murió el hijo del señor don Juan Vicente Bolívar, marqués de Araguay, caballero cruzado del hábito de Santiago. Así murió el hombre que había llegado a la vida inmensamente rico, gastando su fortuna entera en la campaña de la Independencia. Así, en tal miseria murió el héroe que había luchado la vida entera, cruzando todas las zonas y todos los climas, desde el calor del trópico hasta el hielo de las cordilleras y del páramo, combatiendo siempre, hasta esa hora que era la primera de su reposo.

—En ese catre murió Bolívar. . . —exclama el guarda, señalando la pobre cama de madera.

Salgo, en silencio, cojo en el jardín las flores que encuentro y las dejo caer emocionado.

Pasamos en silencio a la sala contigua. Él viejo señala otro rincón desnudo».

—Allí duermo yo todas las noches... y uso de cobija la bandera de Colombia, agrega.

La sombra del Libertador conserva en San Pedro Alejandrino, el último y humilde centinela.—L U I S O R R E G O L U C O .

## «A REY MUERTO, REY PUESTO»

**E**STAMOS a fines de Mayo y la Francia comienza a tomar, después de una veintena de días trágicos, el aspecto calmo que le ha distinguido a partir del Armisticio. Sin embargo, poco puede preverse de cuánto tiempo durará esta calma... Los pesimistas hablan de guerra, como única solución ante la crisis, y los que no creen en conflictos bélicos prevén un malestar interior enorme a corto plazo. Malestar que aun no roza todas las clases sociales, pero que afecta ya a buen número de gentes. El espectáculo de París es cada día menos animado y no ha sido necesario que llegue la canícula para que el hervidero humano de la gran capital disminuya. Los hoteles suntuosos cierran sus puertas o reducen el número de habitaciones utilizables; los teatros rebajan sus precios; los restaurantes hacen propaganda desafortada, y los departamentos disminuyen su costo. Este es el aspecto material, si así pudiera, decirse del París de ahora.

¿Y el aspecto espiritual? se me dirá. Calmo, pero medroso. La población no vuelve en sí del todo de la pesadilla que ha vivido a contar del 1.º de Mayo. Era el día del trabajo y se presagiaban revueltas entre el elemento trabajador; creíase que las organizaciones obreras alzarían sus voces contra aquellos que trabajaran durante ese día, pero no sucedió nada. Y es lógico que así haya sido, pues los desocupados conscientes de su situación piden trabajo, no descanso, y reclaman en qué ocupar sus brazos para tener pan que echar a sus bocas... Por táctica muy francesa, hízose coincidir el día de pretendido reposo con la obligación de votar. Como aquí el uso del derecho de voto es sagrado, sabíase de antemano que los ciudadanos dedicarían el 1.º de Mayo a buscar la circunscripción correspondiente para expresar sus simpatías electorales. Así fué, en efecto. En vez de disturbios, hubo el eterno desfile individual ante las urnas. Y para que las pasiones se calmaran del todo, perfumóse la ciudad,